



NÚM. 121

BARCELONA, 31 AGOSTO 1901

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

LA MALDICION DEL GITANO

Lucas Gómez el gitano,
el que en Sevilla ponía
el mingo y sobresalía
entre la gente de pro;
el que en oro y en fachenda
adquirió prez y renombre;
el que al verse ante otro hombre
jamás la frente abatíó;

el que perdido de amores
hizo suya á la gitana
más hermosa y más galana
que Sevilla vió nacer;
el que gozaba en la tierra
venturas del mismo cielo,
en un punto vió su anhelo
en el abismo caer;

que aquella gitana hermosa,
dulce encanto de su vida;
aquella Aurora querida
que eterna fe le juró,
olvidando el juramento
y su cariño olvidando,
cierta noche, el vuelo alzando,
del nido desapareció.

Seis meses anduvo errante
él en pos de la traidora;
seis meses, sin que de Aurora
pudiera el rostro encontrar;
seis meses que fueron ciento
dada su sed de venganza;
pero al fin, una esperanza
sintió en su pecho brotar.

Un su compadre en la Corte,
sin buscarla, dió con ella;
siguióla astuto la huella
y su nido descubrió;
supo, además, que moraba
á D. José Ponce unida,
y á su compadre enseguida
noticia del caso dió.

Voló á Madrid el gitano
en alas de su despecho
con la venganza en el pecho
y entre la faja el puñal,
y á la infiel, á la perjura
y al rival á quien odiaba,
poco después acechaba
como á gacela el chacal;
pero en vano; los pichones
no habitaban ya aquel nido

y afán y tiempo perdido
fué su anhelo, y fué también
casi vana su pesquisa
por saber á donde fueron:
sólo supo que partieron
los dos en un mismo tren.

Rugió de rabia el gitano;
renovó su juramento
y en cafetucho mugriento
su rabia en ginebra ahogó;
pero ¡cuál no fué su asombro
al ver en un papelucho
que encontró en el cafetucho
lo que tanto persiguió!

«D. José Ponce y señora



marcharon para Manila.»

Rayo su ardiente pupila
al leer tal noticia fué:
lanzó un rugido y un taco
y exclamó en bajo profundo:
—Pues bien: hasta el fin del mundo
que vayan, los seguiré.

A las orillas del Pásig
tres meses después llegaba
y á Aurora y Ponce buscaba
con más saña y más ardor;
pues al paso que las horas,
iban por él transcurriendo,
en su pecho iba creciendo
su afán exterminador.

Que estaban, supo, en Ticao;
lió de nuevo el petate

y con rumbo hacia Masbate
pasajero en un *pontón*,
Lucas Gómez rumiando
iba su venganza fiera;
que era ya corta la espera;
su viaje tocaba al fin.

Pero no contó el caitado
con las calmas tropicales
ni con otras, proverbiales
de indiana tripulación,
y en aquel corto trayecto
en que invirtió quince días,
hambres padó y agonías
y atroz desesperación.

Llegó á Ticao... y aquel Ponce
no era el Ponce de su Aurora,
ni era Aurora la señora
del Ponce que encontró allí;
que era otro Ponce, sin duda,
como aquél, José llamado
el Ponce raptor malvado
de su ingratisima huri.

Pasó un año: ya en Sevilla
Lucas Gómez se encontraba:
taciturno recordaba
sus pasos tras de la infiel,
y al evocar tal recuerdo,
su frente se oscurecía
y con violencia rugía
la tempestad dentro de él.

De pronto alzó la cabeza
con satánica sonrisa;
aspiró la fresca brisa
con verdadera ansiedad,
y cerrando entrambos puños,
enrojecidos los ojos
y con los pámulos rojos,
dijo con solemnidad.

—Permita Dios que te veas
entre Masbate y Ticao
comiendo *er pan á puñao*,
como en tiempo me vi yo.—
Y cual si hubiera del pecho
descargado peso enorme,
el gitano, ya conforme,
á la perjura olvidó.

PERO NUNO

CARTH HBIERTH

AL FESTIVO POETA VITAL AZA

Queridísimo señor:
para pedirle un favor
le dirijo la presente;
¿qué me lo hace usted? corriente
¿qué no puede? sin temor
de que yo lo tome á mal
me lo dice liso y llano.
pues yo ya se que no en vano
tiene usted fama, Vital,
de francote y campechano.

Mi petición, señor Aza,
es de lo más inocente,
y consiste solamente
en pedirle á usted una plaza
en su casa de escribiente;
no quiero retribución
por mi trabajo, al contrario,
con suma satisfacción
sería su secretario
aun pagándole pensión.

Tal vez no adivinará,
ni podrá usted comprender
que es lo que espero obtener
con esto: pues lo sabrá:
agradar á una mujer.
Mi novia, que es una gloria
tan hermosa como lista,
oficiala es de modista
de una señora de Soria
que está muy mal de la vista;
y en sus ratos de cachaza
como no sabe que hacer,



á mi novia en el taller
versos de usted, señor Aza,
siempre le manda leer.

No puede usted figurarse
el efecto producido
por sus versos, ni pensarse
en que llo me han metido:
¡hay para desesperarse!

Figúrese usted señor
que mi novia está empeñada
en que he de ser escritor
en verso, sino su amor
me retira la taimada.

Y lo dice tan furiosa
y es mi sino tan adverso
que me temo cualquier cosa:
¿qué voy yo á escribir en verso
si no se escribir en prosa?

Por esto recurro á usted
que es persona competente
en la materia, y ya se
que si puede buenamente
me otorgará tal *mercé*,
con la que espero lograr,
si Dios me ayuda en tal obra,
como casi es de esperar,
que se me llegue á pegar
algo, de lo que á usted sobra,
que me permita escribir
bien ó mal una poesía,
con que curar la manía
que tanto así hace sufrir
á mi novia Rosalía.

En vista de esto, señor,
espero de su atención
que aun que sea por favor
prestará su protección
a su humilde servidor

JAIME SERRAHINA



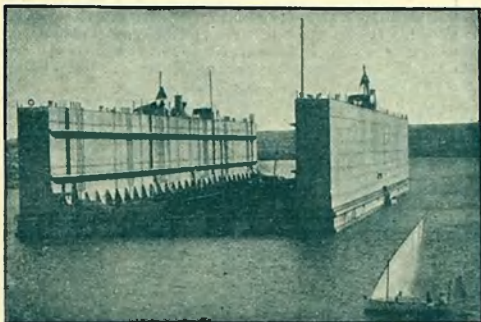


EL JUICIO DE PARIS

Ayuntamiento de Madrid

EL DIQUE DE SUBIC

Casi podría decirse que era de esperar lo ocurrido en Mahon. Después de interminables dudas, intrigas, reclamaciones y expedientes acordó el gobierno que el dique imaginado por el Sr. Beranger para que prestara sus servicios en Subic (allí donde Montojo quería esperar á Dewey), pasara á Mahon,



EL DIQUE

que era, naturalmente, la solución más desacertada, y, por lo tanto, más ministerial, que podía adoptarse, pues enviar un dique á un punto como aquel, *en las actuales circunstancias*, es cosa que solo se le puede ocurrir á un ministro de Marina.

Bueno, ya está el dique de Subic en Mahon; y aquí empieza Cristo á padecer; ¡que de trabajos para que el armatoste se dignara llenarse de agua é irse á fondo, y que de esfuerzos luego para vaciarlo! El pobre Carlos V que era el que debía estrenar el aparato salió con averías, y hubo que dejar de hacer más pruebas para evitar mayores estropeos.

Salvo mejor parecer, la solución más acertada á juicio nuestro, sería tratar de que se lo quedara Aznar, y, sobre todo, ver de sacarlo cuanto antes de Mahon y remolcarlo á Cartagena, ó esconderlo en cualquier ensenadilla del Mediterráneo, ó bien *desguazarle* desde ahora. Porque, para lo que nos ha de servir...

En España faltan diques, nadie le niega; pero diques de tierra, contra las inundaciones. Con lo que ha costado el de Beranger bubiérase podido hacer algo en favor de la agricultura, pero no está en la idiosincracia de los ministros hacer nada que no sea un disparate más ó menos inconsciente.

Esto mismo se está demostrando ahora en esa indefinible exhibición de barcos enviados al Cantábrico para que se paesen y tiren cañonazos con pólvora sola. Solo á Gedeón se le ocurre mezclar aquella colección de barcos y barquichuelos de distinto andar, sin plan ni concierto para nada práctico, exhibiendo á la semipiterna Numancia, á la siempre inservible Victoria y dando patentes de útiles á una porción de cascarones de nuez declarados de desecho oficialmente. Eso sí, se ha gastado en grande; y se han tirado al mar sabe Dios cuantos miles y miles de duros, que hubieran sido de mayor ó menor provecho aplicados á otra cosa, en vez de resultar ahora absolutamente inútil el dispendio.



EL «CARLOS V» EN EL DIQUE

ALFREDO OPISSO

MIRANDO LA VIDA

Cada vez que el procesado hablaba, un prolongado murmullo de hostilidad difundíase por el ámbito de la sala. Se le imputaban dos crímenes horribles, perpetrados con calculada saña y sin la menor excusa de origen pasional. Había asesinado á un matrimonio, pareja de ancianos, en cuya casa se crió Alfonso Pérez, ejecutor del crimen. Las circunstancias del hecho, referidas por la prensa, ponían espanto en el ánimo menos apocado. No guió el afán de lucro la mano del criminal, ni le forzaron los irrechazables incentivos de la venganza. Había matado en frío, por ansia de torturar, como si le sublevase el ver dos troncos viejos adheridos á la tierra.

Desde el comienzo del juicio oral rehuyó sistemáticamente la negativa. La confesión del crimen efectuada con asombrosa calma, despistó al abogado defensor, suscitando en el auditorio una tempestad de indignación. Alfonso precisaba el hecho sin omitir detalle accesorio. Una noche, advertido de que sus protectores se habían acostado ya, empuñó un hacha de cortar leña, y colándose de puntillas, con felina cautela en la alcoba, los remató calladamente sin resistencia ni escándalo.

—¿No se quejaron ni reclamaron auxilio?—preguntó el magistrado, que seguía con sobrecogida atención el relato.

—No, señor,—replicó el procesado tranquilamente;—el viejo no dijo ni ¡ay! La vieja, mas miedosa y más lista, me quiso desviar el brazo y hasta me arañó en el cuello; pero yo, por ahorrarme dificultades, la estrangulé con la mano que me quedaba libre.

El público escuchaba aquella confesión fluctuando entre el furor y la ira. El ejemplo del nefando crimen apagaba por el momento los homicidas instintos de la muchedumbre, poniendo á flote lo que hay de mejor en el alma humana; la piedad por el caído. To-



das las miradas, henchidas de odio, convergían al criminal. Si el presidente de la Sala no hubiera reñado el hervor de la indignación que se mostraba en el público, con repetidas advertencias de que sería desalojado el recinto, hubiese sido difícil que el procesado saliera ileso de allí. Muchas manos se estremecían ociosas en la penumbra de la sala sintiendo la comezón de extrangularle.

Las declaraciones de los testigos le fueron adversas. Eran sus compañeros de taller y ninguno de ellos dijo nada que pudiera servirle de recomendación á la piedad de los jueces. En el trabajo era activo y puntual; pero díscolo si se le reconvenía y sobre todo cruel. Un operario compañero suyo recordó que Alfonso Pérez mataba con regocijado ensañamiento cuantos bichos se le pusieran á la vista; pájaros, gatos y perros... y citó ejemplos que el procesado no se tomó la molestia de desmentir.

Un solo testigo, una mujer, intentó defenderle. Era una morena de mezquinas hechuras carnales, flaca, macilenta, con ojos negros y grandes, empañados en lágrimas. Su declaración, acogida con indiferencia por el tribunal, fué motivo de estrepitosas carcajadas en el público.

—¿Conocía usted al reo?—la preguntó el mismo magistrado que antes interrogara á Pérez.

—Mejor que nadie,—afirmó la otra con rotunda ingenuidad,—vivía conmigo.

Aquellas palabras fueron como una invitación á la socarrona algaraza del auditorio. Del público partieron voces de ¡qué la echen! ¡adios, paloma! y otras frases vejatorias, que eran el molde en que vaciaba su ingenio la multitud.

La testigo afrontó la ignominia, con entereza. No tuvo reparo en relatar el curso de sus relaciones

con Pérez, afirmando con vehemente convicción que era bueno, afable, compasivo é incapaz de matar una mosca. Vibraba en sus palabras una emoción dolorosa, que era como un grito contenido é intermitente.

—¿Dónde vió la testigo al procesado la noche de autos?—interrogó el fiscal afirmándose los quevedos.
—¿Dónde le había de ver, sino en mi casa?—contestó la otra con rebelde impaciencia.

El ministerio público formuló la acusación en términos precisos y enérgicos. El fiscal, hombre de adocenado aspecto, pero de reposada dialéctica, y muy afluente de palabra, dijo que no recordaba un caso que aventajase por lo horrendo al que estaban examinando. Perfidamente previno el ánimo del jurado contra el argumento probable de la defensa, que sería de seguro una exposición de la doctrina antropológica que explica la irresponsabilidad de ciertos criminales. Y no se equivocó. El letrado defensor dispuso de media hora muy corrida para barajar los antecedentes patológicos del reo y deducir de ellos que no merecía el castigo severísimo que el fiscal pedía que se le aplicase, sino la reclusión en un manicomio.

Últimadas ciertas formalidades de uso, el Jurado se retiró á estudiar las preguntas de rúbrica. Su dictámen le fué contrario al procesado. En la sentencia, leída después y que Alfonso Pérez firmó con inalterable pulso, se le aplicaba el apartado número uno del artículo cuatrocientos diez y ocho del Código Penal. Cundió la noticia por la sala concretada en dos palabras: ¡Al palo! Y una impresión de bienhechor alivio asomó á todos los semblantes. El sentido de la justicia, moldeado como en la edad de la caverna, enuniciabase por los ojos de todos aquellos seres, invalidando los argumentos del letrado defensor como un mentís definitivo á las doctrinas científicas que sientan la irresponsabilidad. Y el sentimiento del deber cumplido espació los ánimos de los jurados, asegurándoles por añadidura las simpatías de la multitud.

Para estorbar cualquier tumulto que pudiera suscitarse con la salida del reo á la calle, la policía se apostó á la puerta del local y el presidente de la Audiencia dispuso que la guardia que custodiaba al procesado fuese reforzada con dos parejas más. Al tiempo de desalojar la sala los guardias consintieron que la testigo que tanto brío mostrara en la defensa del reo hablase unos minutos con él.

Fué brevísima la entrevista, porque no consentían las circunstancias más amplio esparcimiento á la palabra.

Ella, con el semblante escondido entre los pliegues del mantón, lloraba. El, sereno, pero triste, esforzabase por consolarla con frases de acarreo vulgar.

Al salir el procesado de la Audiencia no pudo evitar el celo previsor de los guardias que la muchedumbre se desmandara contra Pérez. Este, herido en la frente de una pedrada y con el rostro demudado, buscaba con torva mirada á sus agresores, inerte para la defensa, pero corajudo y altanero en la intención y en el reto. Una mujer, una sola mujer tuvo la osadía de increpar á la muchedumbre amotinada por su conducta. Y abriéndose paso por entre los grupos se acercó al reo y le enjugó las gotas de sangre que empezaban á coagularse en su rostro. Después besó el pañuelo con el fervor con que se besa un reliquia.



MANUEL BUENO

(Dibujos de F. Sánchez Covisa)



FRANCISCO VERDUGO

A pesar de ser el más joven de nuestros dibujantes de cartel, Francisco Verdugo hace muchos años que está en contacto con el público. Hijo del director propietario del periódico *Las Noticias*, doce apenas tenía cuando fundó en Málaga un semanario para niños que tituló *La Pelota*, y que, bajo su dirección, estuvo rodando por el mundo cerca de un bienio. Sus aficiones literarias no impidieron las artísticas; al contrario, más bien las alentaron; porque a la vez que estudiaba el bachillerato, para seguir la carrera de leyes, que no concluyó, practicaba en la Academia de Bellas Artes el dibujo al yeso, obteniendo por su aplicación medallas de bronce y plata. Pero estos principios no revelaban al futuro dibujante festivo. Si hubiese continuado sus estudios en la citada Academia, Francisco Verdugo sería a estas horas un distinguido pintor, y como su hermano Ricardo, el reputado marinista, hubiera alcanzado algún lauro en la Exposición Nacional. La casualidad reveló al imberbe periodista su verdadera vocación.

Aproximábase el día del santo de su señor padre, y como le preguntara su hermano Ricardo que pensaba regalarle, le contestó: —Le preparo una sorpresa.

—¿Cuál?

—Estoy haciendo su retrato al lápiz.

El día de la fiesta onomástica del director de

Las Noticias, sus amigos y deudos se hacían lenguas de la obra de arte del travieso muchacho, que, colocada sobre un caballete en el mejor salón de la casa, estaba expuesta a la curiosidad de los visitantes.

Por supuesto, reservadamente, la criticaban con dureza:

—Ese chico,—decía uno de ellos,—no desmiente el apellido que lleva: ha *ejecutado* a su padre.

En efecto: aquel retrato, artísticamente considerado, era un parricidio.

El joven Verdugo, dejándose llevar por la inclinación de su genio, había hecho una caricatura grotesca, que hacía reír a cuantos se solazaban viéndola. Comprendiólo su autor así, y dándose una palmada en la frente, que equivalía a un *J'urekai* exclamó:

—He dado con mi vocación: seré caricaturista.

La consecuencia de aquella revelación fué la publicación del semanario festivo *Málaga alegre*, que en unión de su hermano Ricardo lanzó a la calle y en el que se inició como dibujante único, por más que, por modestia, no firmaba los dibujos. Más tarde, dejándose llevar de su afición periodística, marchó a Oran donde fué redactor jefe del diario *El Noticiero* en el que hizo popular el seudónimo de *Paco*, con el cual firmaba una sección en verso titulada *Casos y cosas*. La nostalgia de la



patria le hizo regresar á su ciudad nativa, y convencido de que el porvenir de su hermano Ricardo, como el suyo propio, estaba en Madrid, se trasladó con su familia á esta población, dispuesto á bregar en la penosa lucha por la existencia. No le fué la suerte adversa.



Mientras su hermano Ricar lo establecía su estudio y ganaba dinero y popularidad pintando cuadros, nuestro dibujante entraba á formar parte de la redacción del periódico político *El País*, en la que se ganó la estimación de sus compañeros por su carácter franco y expansivo y su leal modo de proceder.

Esto me recuerda una anécdota. Con el objeto de poner en la picota del ridículo á la caterva de politiquillos que desgobernaban nuestra desgraciada nación, los redactores del batallador periódico republicano trataron de fundar un semanario satírico que pensaban titular *El Patibulo*. Desde el primer momento eligieron por unanimidad para director del mismo á nuestro dibujante. Declinó éste modestamente el honor, sin sospechar el motivo de la elección, cuando uno de sus compañeros le dijo jovialmente:

—Chico, es inútil que te niegues, porque la dirección te corresponde por derecho propio. ¿Se trata de *El Patibulo*? ¡Qué mejor director que un *Verdugo*!

Afortunadamente para el simpático artista malagueño, el semanario que proyectaban sus buenos amigos de redacción no

llegó á ver la luz pública, con lo que se vió libre del peligro de trocarse de verdugo en víctima, pues no cabe duda que lo hubiera pronto sido en una de las celdas de la Cárcel Modelo.

No por seguir Verdugo la antigua profesión de su señor padre ha abandonado el manejo del lápiz; pues colabora artísticamente en diferentes revistas ilustradas, en las que goza de merecida reputación por la originalidad y *chic* de sus dibujos, que resultan siempre grotescos (pero grotescos de buena ley), sin llegar nunca á extravagantes. En *El Nuevo Mundo*, de cuyo propietario supo captarse desde el primer momento las simpatías, publicó los primeros, y fué tanto el éxito que alcanzaron, que Perojo acabó por confiarle la dirección artística del citado semanario.

Afable, bueno y cortés para con todo el mundo, el asiduo colaborador de Iris solo tiene una cosa mala: el apellido.

Esto le ha ocasionado más de una decepción, por más que con su fino trato ha sabido hacerlo simpático. Verdugo, como joven, gusta de vestir con elegancia, porque su mayor debilidad es la pasión por el bello sexo, parece mentira que dibuje rostros de mujeres tan feos, el que como él, ha tenido novias muy bonitas. En cierta ocasión se declaró á una joven, por medio de una carta, que le entregó á la doncella de la misma. No tardó en tener la deseada respuesta.

—Mi señorita,—le dijo la intermediaria,—me ha dicho que le es usted muy simpático, pero que sin embargo, no puede corresponderle.

—¿Por qué?

—Porque se llama usted *Verdugo*.

—Oiga usted,—añadió nuestro dibujante algo amoscado,—eso no es un inconveniente. ¿No se llama su señorita *Cadalso* de apellido?

—Sí, señor.

—¡Pues pata!



J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

(Dibujos de F. Verdugo)



EN UN BALCON DE SEVILLA

Ayuntamiento de Madrid



Apoyada la frente sobre sus manos, estaba Carmen impaciente y febril por la tardanza de Federico. Eran poco más ó menos las diez de la noche, y la cita estaba dada para las nueve. En cuanto llegara, ¡con que vehemencia saldría á su encuentro y con que fuego le diría que le amaba después de reprimirle su descuido!

Después de todo, Federico era su primer amor, ese delirio delicioso, inspiración del cielo con que se adormecen las almas que aman, y un pequeño sacrificio por el objeto amado, á todos nos es grato.

Corazón y espíritu se resignaron pues á esperar. Esperaría hasta media noche, y si entonces no se traducían en hechos sus esperanzas, renunciaría, y cuando al día siguiente fuera á verla, en venganza se pondría seria con él. En un ángulo de la habitación se encontraba adormitada Francisca, la criada que desde que murieran los padres de Carmen, no se había separado nunca de ella.

Sonaron las doce; Federico sin llegar y Carmen sin retirarse. Todavía abrigaba la esperanza de verle aparecer, disculpándose como otras veces hacía y convenciéndola de que eran muy poderosas las razones que le impedieron llegar antes.

Por fin le pareció escuchar rumor de pasos que subían aceleradamente las escaleras. Sus sospechas se confirmaron apareciendo en el dintel de la puerta que ella misma abrió, no Federico como esperaba, sino Luis, un íntimo amigo suyo. En su semblante descompuesto, en su agitación nerviosa, conoció Carmen que algo grave debía ocurrir. Quedaron mirándose los dos, él, con la respiración jadeante, y ella con el rostro pálido presintiendo un peligro terrible.

—¿Qué ha sucedido á Federico?

—Nada, es poca cosa, una caída....— y en su azoramiento se comprendía que no decía la verdad.

—¿Usted me engaña Luis, dígame la verdad, me temo algo más horroroso.

Tras de breve silencio de mortal angustia para ella, Luis balbuceó una serie de palabras sin conexión ninguna, pero que en su conjunto fueron una revelación espantosa para Carmen.

Federico había querido á Matilde, una muchacha bastante coqueta, que se casó con un hombre que la proporcionó riquezas, y ella cometió la debilidad de abandonarse á Federico. Aquella noche les sorprendió el esposo, disparando su revolver sobre ellos. Federico herido de gravedad en el pecho, fué conducido á una casa de socorro. Carmen, envuelta en negro manto y acompañada de Francisca, siguió á Luis, que la condujo á la casa de socorro de un barrio no muy lejano.

Luego que tuvieron el consentimiento del médico de guardia, y bajo promesa de no importunar al herido, porque le sería perjudicial dada la postración en que se encontraba, pasaron á la habitación en donde, en humilde lecho, estaba Federico con los ojos tan desmesuradamente abiertos, que parecían querer saltar de sus órbitas, y con las sienes abrasadas y descoloridas por la calentura.

Cruzaba su pecho blanca venda sobre la que se veía una mancha oscura y azulada producida por la destilación de sangre de la herida.

Con los ojos fijos en un punto y sumido en profundo éxtasis, no hizo el menor movimiento cuando entró Carmen. Esta comprendió en seguida su verdadero estado, y con los ojos anegados en lágrimas y el corazón transido de dolor, sollozaba sin cesar, y allá para su adentro perdonaba la traición que le hiciera. Carmen corrió una de las manos de su adorado y depositó en ella un beso.

Federico, como sacudido por una descarga eléctrica, se reanimó un instante para caer otra vez en profundo desmayo.

En esto, y al través de sus cerrados dientes pasó un hálito ronco y estridente como el exterior de la agonía, y elevando los brazos, pronunció con toda la energía que le quedaba estas palabras: ¡Te amo, Matilde! y sus brazos cayeron pesadamente sobre el lecho.

Al escuchar Carmen aquellas palabras dedicadas por Federico á su rival, se le paralizó la sangre en las venas... ¡Federico moría consagrando su último recuerdo á Matilde!

Entonces Carmen sintió que á la paralización de su sangre en sus venas y á la suspensión de los latidos de su corazón, se sucedieron poco á poco pulsaciones más rápidas en las sienes; pulsaciones progresivas que degeneraron en seguida en vertiginosa calentura que provocó el delirio, en medio del cual, vió aquella arremolinarse las figuras de Federico luchando con el esposo ofendido. Gritos ensordecedores, infernal algarabía, frases de amor y de amenazas, todo retumbaba en sus oídos como llevado en alas de furiosa tempestad. Y sin que ahora nada la detuviera é impelida por el vértigo, se salió del cuarto donde yacía su adorado Federico, su primer amor, desesperada, loca, y entre estridentes carcajadas que erizaban los cabellos de cuantos la oían, gritaba con todas sus fuerzas... ¡Te amo, Matilde!

CARLOS CASTRO GIRONA

EL ARTE HOLANDES CONTEMPORANEO

Entre los más celebrados artistas de la moderna escuela holandesa ocupa distinguido lugar Adolfo Artz, nacido en La Haya en 1837 y fallecido también allí en 1890.

Aunque discípulo del ilustre Josef Israels y formado en sus enseñanzas como puede verse en la factura de sus lienzos, poseía, sin embargo, un estilo enteramente personal, á lo cual contribuyeron ciertamente el haber pasado algunos años en la Academia de Amsterdam, donde pudo estudiar á sus anchas á Rembrandt y después su larga permanencia en París, donde hubo de sentir profundamente la influencia de Courbet.

Como todos los pintores holandeses modernos, Artz huía de los asuntos espeluznantes ó llamativos y prefería los concernientes á la vida del pueblo, compensando la humildad de los temas con los reales méritos artísticos de la obra.

Al artista holandés no le gusta alejarse de su taller para ir en busca de asuntos, pero siente profundamente las escenas que presencia y le bastan las áridas dunas, la monótona costa y las sencillas vidas de los pescadores y los labradores para pintar cuadros y más cuadros, llenos de bellezas y ejecutados con un sentimiento y una habilidad extraordinarios; como puede verse en las obras de Bosboom, Mauve, Jacob Maris, Villem Maris, Mesdag, Neuhuys, etc.

Al lado de esos maestros brillan una porción de jóvenes de tanto talento como porvenir: Toorop, Jan Veth, Baner, van der Maarel, Willem Witsen, Karsen, Poggenbeck, Isaacs Israels, etc.

Hay que notar ahora que la moderna escuela holandesa ha sido creada por decirlo así enteramente de nuevo, por Israels, entre 1860 y 1880, después de siglo y medio de la más profunda decadencia, habiendo contribuido mucho á tan feliz renacimiento el regreso á Holanda de algunos pintores que vivían en París y hubieron de salir de allí cuando la guerra de 1870. Esos pintores y más especialmente Maris, contribuyeron á renovar la pintura de paisaje, mientras Israels hacía cobrar



PASTORA DE CORUËNOS, por Adolfo Artz

nuevo vuelo á la pintura de género. Entre los retratistas ocupa distinguido lugar Josselin de Yong, pincel limpio y vigoroso que lo mismo reproduce las efigies de las dos reinas que las de los labradores y marineros.

Terminaremos diciendo que la mayor parte de los artistas holandeses son notables acuarelistas, y que se está constituyendo una novísima escuela que anda en busca de la originalidad á todo trance, no siempre con buen éxito.

MIGUEL MAULEON





EL BARQUILLERO

Si en mi corazón y en mi memoria no estuvieran siempre presentes los sucesos que voy á referir y que son á la vez los más venturosos y los más tristes de mi vida, me los recordaría constantemente, en mis paseos cotidianos, la voz ruda y alegre de ese laborioso industrial que pregona con entusiasmo su mercancía exclama con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Barquillero, barquillitos de canela!

Parece que fué ayer y ya hace años que era yo feliz, completamente feliz, cuando al declinar la tarde de los hermosos días de Primavera, cruzaba las frondosas alamedas del Retiro, acompañada de mi padre y encantada de ver el efecto que hacían en aquel cariñosísimo abuelo, los saltos y las risas de mis pequeñitos. Si esta historia ha de ser en todo verídica tengo que dejar á un lado la modestia, esa virtud hermosísima que con tanta facilidad olvidamos las madres, para declarar soberanamente que todos mis hijos son preciosos. Pero entre todos ellos, se destacaba por su figura gentil y airosa una encantadora niña de tres años que era el orgullo y la alegría de su padre y de su madre.

Mi Carmelina era un ángel que sólo se parecía á los demás niños en la radiante alegría con que veía al barquillero y en la delicia con que sus dienteitos de perlas trinchaban los sabrosos barquillos.

La veo aun y la veo siempre empuñada sobre sus lindos pececillos y haciendo desaparecer su cabeceita blonda, en el fondo de aquella barquillera mil veces dichosa porque era tan querida de mi hija.

Después... pasó mucho tiempo, mucho tiempo sin volver al Retiro y cuando al fin volví impulsada por las necesidades de la vida, mi corazón iba lleno de lágrimas y mi alma herida con la más cruel de las desventuras. Cuando ví al barquillero no pude contener el llanto y mi agradecimiento fué inmenso al ver que aquel pobre anciano enterado ya de mi desgracia me dijo sollozando: —Señorita, el Retiro ha perdido su adorno más hermoso, yo he perdido la mejor y más querida de mis varroquianitas.

Jamás olvidaré aquellas palabras de pésame que fueran acaso las más sinceras de cuantas recibí por el tristísimo acontecimiento que tan cruelmente trastornó mi vida. Volví todos los días de paseo y no pasó uno solo, sin que mi padre, que era demócrata de corazón, al recordar con el barquillero á aquel ángel perdido, echara también con el un parrafito de política. Eran próximamente de la misma edad y el pobre trabajador parecía ser como mi padre honrado, como mi padre bueno.

Pasó otra vez mucho tiempo, mucho tiempo sin que yo volviera al Retiro y la sombra fatídica de la muerte extendió de nuevo sus negras alas sobre mi pobre bogar, donde parecía escucharse aun á todas horas la voz argentina de mi idolatrada hija.

Era una tarde del mes de septiembre y los pálidos rayos del sol que á través del mirador de mi casa penetraban en aquel gabinete alambraaban esta vez el cuerpo inerte y el rostro inanimado de mi querido padre. Arrodillada y rezando fervorosamente junto á él no reparé al principio que en medio de la multitud distinguida que llenaba mi casa cruzaba presuroso un pobre anciano, vestido de blusa, que apartando respetuosamente á los que sí querían le impedían el paso llegó hasta el lecho mortuorio se hincó de rodillas y apretó sollozando las manos yertas de mi pobrecito padre. Entonces me levanté y le tendí cariñosamente las mías diciéndole al mismo tiempo que era lo menos que podía hacer en nombre de aquel pobre muerto que sin duda desde lo más profundo del cielo me daba las gracias con toda la efusión de su alma. No se como desapareció de mi casa y no le he vuelto á ver, por más que he hecho por averiguar si vivía. De todos modos tiene en mi cariño y en mi agradecimiento un lugar preeminente. ¡Dios haga que alguna vez llegue á saberlo mi pobrecito viejo!

Desde entonces cuando oigo la voz alegre y sonora de algún barquillero, acuden á mi mente los felices días en que era dichosa, después aquellos otros en que fui tan desgraciada y mis ojos se llenan de lágrimas que salidas del fondo de mi alma van, sin duda, á parar á las regiones celestes, donde viven ahora los adorados seres que he perdido!

MARGARITA



Tal e
ei-gant
150 á 20
bueñas
conteni
res nov
con inn
integra
Van
siguien
La C
lenes, e
Dran
Soulié.
Las
Próspe
Peca
ceval.
La J
Carlos
Un D
por Lui

Esta
tomas e
página
mo, y c
insigne
dernos,
la últim
y la eco
duelada;
pulcritu
el origi
Hastu
siguien
El T
Luis St
bados.
El as
Carlos
Maga
Jacobi
Para
nistrac
za de I
En M
rrano, y

EL C
En El
en todo
de pon
Báltico
un can
sobre e
sitoad
Este
taria á
exacta
lidad s

1888

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y el-gantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromó y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La Comedianta, por Paul de Molènes, con grabados.

Drama de amor, por Federico Soulié.

Las Animas del purgatorio, por Próspero Mérimée, con grabados.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

La Justiciera de sí misma, por Carlos Berbará, con grabados.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromó, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El Tesoro del Pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Berbará.

Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Sembrano, 40.

EL CANAL TRANSEUROPEO

El Emperador Guillermo, que está en todo, ha concebido el proyecto de poner en comunicación el mar Báltico con el Adriático, mediante un canal que partiendo de Stettin, sobre el Oder, terminaría en Fiume, situado en el golfo de Quarnero.

Este canal, de 2240 kilómetros, cortaría á Europa en dos, siguiendo casi exactamente de norte á sur. En realidad solo habría que ahondar

kilómetros, utilizándose en lo restante las vías navegables ya existentes. Desde Stettin á Kosi (Silesia) se utilizaría el Oder; después se llegaría al Danubio y luego se navegaría por el Save y el Kulpa has-

año. Cualquier jaino se pasa seis ó siete semanas, tan guapamente, sin probar bocado, y la mayoría prolonga sin novedad por dos meses el ayuno. Los jainos son vegetarianos y jamás matan ningún animal, ni

JEROGLÍFICO



ta Karistad. Desde este punto á Finme se podría establecer fácilmente el canal, salvo la corta travesía de un contrafuerte de los Alpes Julianos.

El último número de NUESTRO SIGLO es precioso, y el interés de la novela LA ISLA DEL TESORO, llega á su punto culminante.—15 céntimos.

No me vengas con lamentos, que me estás haciendo reir.
¿A qué te quejas de callos habiendo el LADIVONSIM?

aun para defenderse, llegando á tal extremo sus escrúpulos que andan siempre de puercos y aventan el suelo con un abanico para no exponerse á pisar el más mínimo insectillo.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior.

Sustracción —

CENTAURO
TAURO
URO

Jerooglífo — Piensa el «variente que gasta por uno, y gasta por ciento

FRAGMENTOS-JEROGLÍFICOS

SANTOS DUMONT	YO	O	PIGMEO	ESTRATOS
1	2	3	4	5

Descifrar estos fragmentos jerooglíficos y colóquense en cierto orden en columna, para que se lea en acróstico (con la primera sílaba de cada uno de ellos) es título de un semanario.

NOVEJARQUE

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. F. G. — Zaragoza. — Se publicará.
R. U. M. — Idem. Idem.
A. M. — Se publicarán algunos cantares. Su-
pongo que con esa letra no tendrá usted
frijoles?
R. C. R. — Muy bien. Se publicarán los pa-
satiempos.
M. G. N. — La Barcelona no está mal, pero
me recuerda de graciamiente la de Buenos
noche, Sr. D. Simón, bonita zarzuela que bito
fuor en sus mocedades

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA TRÉBICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

